

Todo el mundo oficial ¡qué mundo este! esperaba al doctor Roque Sáenz Peña el día 10 del corriente, aniversario de la batalla de San Quintín, martes, día aciago, San Lorenzo, mártir y ¡nada! mejor dicho, no nadó, pero siguió navegando, hasta echar el ancla el jueves 12, día de San Herculano.

Tuvieron que aplazarse todos los preparativos hechos para la recepción. ¡Qué decepción! ¡A cualquiera cosa le llaman venir al vapor! Porque es lo que decían los saenzpeñistas. "Un candidato que viene pasado por agua y está dos días más, se va a poner duro."

Así es que este artículo, escrito antes de su llegada, se publicará poco después de tan fausto suceso. En plena apoteosis. Tiene que ser puramente imaginativo. La culpa del retraso no la tengo yo. Son cosas de la hélice. La tiene el *Cap Vilano*. Esto es una *vilania*.

Pero no importa. ¡Qué son esas cuarenta y ocho horas en la vida de la humanidad? Una cantidad infinitamente pequeña que no puede ni debe apreciarse. El candidato, en cambio, cuenta con el aprecio, con la admiración, con el entusiasmo del vice, de los ministros, de los gobernadores sometidos, de los comités, de una legión de adictos.

¡Con qué impaciencia se le esperaba! "¿Pero qué hace ese hombre? ¡por qué no viene?"—me preguntó un autonomista días pasados.

—No lo sé. Está en el Brasil. Debiera usted haber ido allá como tantos otros correligionarios suyos.

—¡Imposible! Traté de hacerlo, pero llegué tarde al puerto. Habían salido ya todos los vapores y yo... ¡vergüenza me da decirlo! ¡No tengo aeroplano!

—¡Qué imprevisión!

—Es cierto. Pero de todos modos no me explico esa tardanza.

—Ya le he dicho que ha llegado a Río de Janeiro.

—Pues yo me figuraba que el viaje sería directo.

—No, señor. Ha tocado en el Brasil, y luego tocará probablemente en Montevideo.

—¿Pero es pianista?

—Viene haciendo escalas.

—Esto es insoportable. Yo soy miembro de un comité de propaganda, y estamos desesperados. Todo lo tenemos dispuesto para la recepción de una manera suntuosa. Coches, automóviles, bicicletas y hasta caballos habíamos alquilado, porque hay algunos socios que son muy buenos jinetes. Desde el domingo, las mejores prendas de



—Y está usted seguro de que llegará el jueves?

—A menos que ocurra otro percance. —No lo permita Dios, ni lo quiera el vice. ¡Qué *jetta!* Me parece mentira volver a ver a nuestro jefe, después de tanto tiempo. ¡Qué emoción experimento! ¡Cómo me palpita el corazón! ¡Qué *pito* tengo!

—Tranquícese usted!

—No puedo. Ya me lo figuro, saliendo del mar, como Venus de las ondas.

—¡Hombre! como Venus...

—¡Bueno! Es una imagen poética. Yo soy decadente en mis ratos de ocio y ahora no tengo nada que hacer hasta que él venga y me dé un empleo. Un buen empleo. Mil pesos de sueldo.

—¿Al año?

—Mensuales.

—¡Ah! ¡Poeta! Eso sí que es una imagen mitológica.

—¿Qué quiere usted! Así somos nosotros. Los del comité, queremos comer.

Y dándole la mano, me preguntó al despedirse:

—¿Usted no es de los nuestros?

—No, señor. Yo soy de los otros.

—¿No hace usted política activa?

—No tengo actividad. Soy pereoso.

Hago artículos.

—¿Con qué?

—Con nombres, pronombres, verbos, adverbios y algunos adjetivos.

Como éste, buen admirador del candidato, con igual actividad é inquietud de ánimo han estado todos los que han querido ver lucir una nueva aurora en la presidencia futura.

A mí que no me digan los pesimismo que el despertar del civismo no es cosa fácil, en estos tiempos de pura materialidad.

¡Aun hay patria! ¡Aun queda Presidencia!

¡Aun queda Presidencia! No escarmentados antes bien, abundantes los que quieren seguir al país y cobrar estos servicios.

El civismo desparece a tiempo y... ¡madrugando mucho!



EL DEL VERDE  
GABAN.